

RECENSIONES

H. G. BARNETT: "Innovation the basis of cultural change". Mc Graw Hill Book Company, Inc. New York - Toronto - London, 1953. 462 págs.—Barnett, americano, Profesor universitario de Antropología en la Facultad de Ontario, es ecléctico en su libro. "Innovation" es optimista y generoso. Podemos estar de acuerdo o negarle nuestra devoción a su teoría sobre la innovación, pero ya desde las palabras liminares nos confiesa su propósito: "To formulate a general Theory of the nature of innovation and to analyze the conditions for and the immediate social consequences of the appearance of novel ideas", sobre el que lleva trabajando unos dieciséis años. Acaso haya logrado mejor la segunda de sus intenciones declaradas. Ha vivido en contacto directo con las tribus menos maduras culturalmente, que le sirvieron para sus inducciones y el acopio de datos pone amenidad y sugestión en la lectura, pero con ello padece menzuga la esperanza que despierta el anuncio del primer intento, que no se ve logrado.

Todo invento surge en un clima apto, preparado por las con-

comitancias de situaciones dispares. "La concepción de una idea no es un fenómeno unitario, sino la conjunción particular de procesos psicológicos, ninguno de los cuales, tomado aisladamente, es molde apto del pensamiento que es esencial para la concepción de una novedad. "There is, in other words, no innovative faculty, nor is there any specifically creative instrument that is possessed by some men and not by others". En el ambiente común, la fruta madura puede caer en la boca de cualquiera. Se cree que los inventos, la expresión más llamativa de la novedad, son hazañas realizadas por individuos brillantes que ponen en el escenario de la vida la expresión de su genio. Y no es así. Su tesis es diametralmente opuesta. Por eso en la decisión de toda innovación tienen mucho que decir Grecia y Roma.

Escoger para fundamentar una teoría, o una opinión, lo raro, lo famoso, por desacostumbrado, es anticientífico. Y resulta una arbitrariedad, dejada al antojo falseado por una desviada perspectiva de la ingenuidad humana. "No es en las cosas inventadas, es en las ideas que las

conciben donde la novedad puede lograr cabal explicación. Las cosas podemos describirlas, pero al tener una vida extramental corren el riesgo de subyugarnos de manera que, con poseerlas, las demos por explicadas." Innovación es cualquier pensamiento, moda, cosa... que es nueva porque es cualitativamente diferente de cualquiera de las formas existentes hasta ella. Puede ser una idea, o una constelación de ideas, de las que unas quedan en simples organizaciones mentales y otras alcanzan expresión.

Desde el concepto, es un libro perfectamente lógico en su esquematización, de cada uno de cuyos capítulos pudiera salir otro libro, mucho más extenso. Comienza, un poco teatral, por señalar protagonista: El hombre. Pero el hombre inserto en sociedad, que es donde se amasan las culturas y se estimulan los inventos. Y lo hace concediendo, espléndido, a todo individuo, cualidades de genio-inventor, al derribar el mito de los genios.

Todo individuo es básicamente innovador. No importa el grado de cultura que viva la sociedad a que pertenece. El hombre cuaternario inventará sílex, el del siglo XX, bombas H. En este sentido pone tildes a Levy-Bruhl, ya que las culturas difieren en grado, no cualitativamente.

Resulta candoroso el mito del europeo o americano que se juzga superior porque su estatura, sus ojos, o el color de su piel le constituyen en raza superior privilegiada. Si el magisterio de Eu-

ropa sobre extensas partes del globo es una realidad, ello es debido, más que a superioridad racial, a la posesión de la pólvora y el hierro, ambos inventos *no europeos*.

La segunda parte la dedica al análisis de los estímulos o incentivos de la innovación.

El invento puede provenir de semejantes o de opuestos. La novedad cabe en el campo del amor y del odio. Sirve a la vida y puede ser ayuda de la muerte. El progreso es el estímulo género, bajo el que se cobija toda expectación de cambio. El afán viene dado en función de las diferencias que suponen cambio; cambio que a su vez implica innovación. Es curiosa la observación del capítulo III respecto al fundamento de la autoridad, otro de los estímulos de la innovación. La socialización, dice, es una treta autoritaria, que varía, con la sociedad, su grado y su aplicación. La dependencia de una autoridad es correlativa con el desarrollo de un conocimiento de especialización en secciones de cultura o de actividades sociales. Nos confiamos a la especialización del mecánico, del juez, del sastre. El americano tiene el *hábito* de la subordinación a la autoridad por la enorme especialización de las funciones sociales. Ello ayuda a la gran floración de inventos cuyo registro de patentes crece fabulosamente cada año. La competición de rivales bajo una autoridad común estimula el progreso.

Pero entre los factores del

mismo la necesidad ocupa el puesto de preeminencia. Pero no es la necesidad "necessity", es la necesidad "Want", difícil de traducir con propiedad al español. La gente hace de ordinario lo que hace porque lo necesita. Pero la necesidad es algo relativo. Dada también en función del progreso. Es obvio que una cosa es decir que una determinada persona se percata de que necesita ciertas cosas como indispensables para su existencia y otra que las necesita *incluso* sin saberlo. Una cosa es decir que un hombre necesita un sorbo de agua cuando está sediento y otra que pida proteínas, calcio y vitaminas cuando tiene hambre. Como es diferente que necesite una máquina de coser una hotentote y que pueda pasar sin su cocina eléctrica una americana.

Después de la necesidad, entran en juego todas las posibilidades capaces de causar alzas y bajas de cotización en la bolsa de los valores humanos. Son todas ellas psicológicas o de orden social. El deseo consciente de crédito, de prestigio, de ser imitados son factores más, pero no son estímulos universalmente operantes en todas las sociedades y culturas. De hecho ni todas las nuevas ideas, ni las nuevas modas —una novedad caduca, pero, de cierto, novedad— ni los inventos mismos se reciben siempre con público homenaje de bienvenida.

Se consagra la parte III a los *procesos innovadores*. Una clasificación, que escapa a la posibilidad de nuestros análisis, los

concreta en éstos: De configuración, combinación, identificación, sustitución que corrobora con los datos del estudio del lenguaje, los modos o usos sociales, de las técnicas, de las ideas.

Desde el punto de vista de las consecuencias sociales, el destino del invento o de una novedad cualquiera, es tan importante como su concepción. El albur que puede correr un invento, no es de desdeñar al tiempo de su gestación en el seno de la sociedad o cultura que le diera inspiración. Pero tampoco hay que perder de vista sectores ajenos al del inventor, ya que aquéllos pudieran ser destinatarios.

Hay inventos con buena y con mala estrella. Y no es cosa de azar ni difícil el pronuncio de la buena o mala ventura que puedan correr si se estudia, con el medio donde aparecen el abogado defensor que les patrocina, introduciéndolos en el juicio de la opinión. El prestigio, el sexo, la personalidad, las relaciones sociales del inventor deciden suertes en la vida de la novedad, que, en cualquier coyuntura, puede hacer su epifanía. La aceptación que se espera, o el rechazo que se teme crecen la fe y matan la esperanza del inventor en trance de dar a luz sus concepciones. Aquí podemos poner punto a la cuarta parte.

Un libro denso, ameno, sugestivo, que merece una traducción mejor que una reseña. Su autor ha estudiado —y son datos el exponente de su estudio— para montar sus teorías y opiniones, en los más dispares ambientes de

cultura. Las anécdotas se prodigan abundantes. Las recogidas entre los habitantes de las tribus de las islas oceánicas y las que recoge de las encuestas científicas llevadas a cabo por técnicos americanos. Las que le sirven para deducir conclusiones y las que le ayudan a inducir principios, que nunca pueden entrañar en engranaje lógico, sin el que ninguna tesis puede formularse definitiva. Es claro que siempre es endeble la tesis que se va haciendo a medida que el dato fluye. Nosotros la preferimos formulada en un principio, al que sea preciso razonar, y explicarle incluso con aportaciones de estadística, método tan joven y tan americano, a lo largo de las páginas sugerentes y amenas.

Por no ser así, a pesar de su interés y amenidad extraordinaria, no acaba de colmarnos este libro. Y no nos gustan en absoluto las fáciles aplicaciones a cuyo servicio pone alguna vez a nuestros dogmas. No debe ser tan fácil inventar la Trinidad (i) (73) ni montar una religión sobre una teología que estriba su verdad fundamental en la Resurrección de un Crucificado, aunque sea tan egregio como Pablo de Tarso, el ardiente paladín, quien dé sentido y preste voz al mito (300). Pero en esta ocasión no somos ni tenemos intención de apologistas.

P. L. A. G.

ADOLF GRABOWSKY: *“Die Politik”*. *“Ihre Elemente und ihre Probleme”*. Pan-Verlag. Zürich, 1948, VII + 452 págs. — A

Adolf Grabowsky parece preocuparle el tema de la ciencia política. En 1932, publicó una *“Politik”* (Industrie Verlag Späth & Linde Berlín-Wien) y en 1952, otra *“Politik im Grundriss”* (Dikreiter Verlagsgesellschaft. Freiburg i. Br. - Frankfurt a. M.). La obra que comentamos data de 1948 y encuentra su origen remoto en la *“Politik”*, escrita poco antes de la toma del poder por el hitlerismo. Grabowsky aclara, en el prólogo, que se trata de un nuevo libro variado en cuanto al contenido y concebido no tanto como elucubración teórica como enfrentado con las cuestiones decisivas (pág. VII). También anuncia su objetividad en la investigación de los problemas políticos.

La introducción está dedicada al análisis de algunos conceptos capitales: concepto de la política, la política como ciencia y como arte. Grabowsky se sirve de una afirmación de Julius Fröbel que sorprende el carácter dinámico de la política para distinguir la Teoría del Estado de la política. La primera tiene carácter de relativa rigidez o estaticidad, en tanto que la segunda sorprende por su movilidad. La política quiere captar todos los aspectos del Estado, no sólo los jurídicos, sino aprehender su sentido en la cambiante situación histórica, toma al Estado como factor dinámico. Ahora bien, conviene no olvidar que hay teorías del Estado dinámicas, como la de Rudolf Smend, que parecen invalidar la distin-